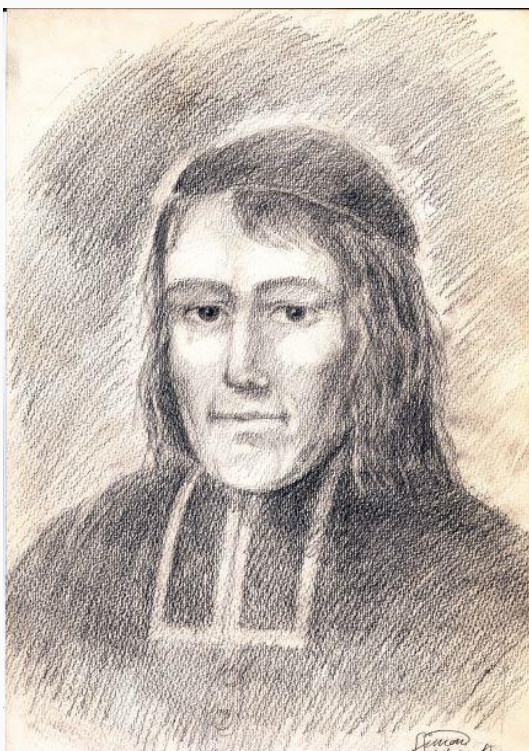


¿Y si echamos una nueva mirada sobre nuestro fundador?

La imagen que transmitimos del sacerdote Guillermo José Chaminade está a menudo distorsionada porque lo miramos al revés, es decir, como un anciano que litiga con los que han tomado el poder, para que la verdadera Sociedad de María, que él fundó guiado por el Espíritu Santo, no se reduzca a la que ya no reconoce. Hemos de volver al hombre maduro que regresó del exilio y al joven profesor del colegio de Mussidan.

El sacerdote Chaminade era un hombre de su tiempo, marcado por la filosofía de la Ilustración, que había aprendido a mirar con discernimiento para preservar lo correcto y rechazar los errores. Profesor de filosofía en Mussidan, se apasionó por su profesión, estudiando a fondo las matemáticas y la física, hasta el punto de viajar para aprender y conocer a los especialistas de su tiempo; esto está muy lejos de los tradicionales relatos sobre sus visitas a los monasterios, en los que habría encontrado falta de fervor. No es un hombre en las nubes, sino arraigado en lo cotidiano. Conoce la gestión del colegio de Mussidan gracias a su trabajo de administrador. Sus cartas revelan sus habilidades en muchas áreas.



El joven padre Chaminade acogió los primeros principios puestos en marcha por la Revolución Francesa, pero pronto vio sus defectos y se negó a jurar la Constitución Civil del Clero. Su formación, su sabiduría y sus capacidades fueron reconocidas por las autoridades eclesiásticas cuando le confiaron la reconciliación de los sacerdotes juramentados y, más tarde, la administración de la diócesis de Bazas. Es un hombre culto que sigue aprendiendo durante toda su vida mediante la lectura asidua, especialmente de la Biblia.

El exilio en Zaragoza le permitió distanciarse del mundo y prepararse para su futura misión. Sin duda, es aquí donde su fe arraiga aún más: a partir de ahora, juzga y actúa por fe, y lo hará hasta el final de su vida.

Misionero apostólico y fundador de la Congregación Mariana de Burdeos, ¿qué es lo que atrae a tanta gente hacia él? Podría ser su silencio; pues, ¡no! Chaminade es un hombre que habla, que acoge, que aconseja. El padre Lalanne escribe: “Era tan lento y prolijo, su mente estaba tan ensimismada en sus pensamientos que seguía y escavaba con dificultad, y tenía una propensión tan invencible a contar largas historias sobre todo, que para conseguir que escuchara lo que se quería se necesitaban charlas interminables” (*Notice historique sur la Société de Marie*, p. 19). Pero, conociendo a Lalanne, debemos tomar con moderación sus observaciones. En cualquier caso, estamos lejos del hombre del silencio que nos presenta. De hecho, su secreto para atraer y llevar a Dios a los fieles fue su gentileza, humildad y al mismo tiempo su firmeza, actuando sólo por fe. Lo encontramos en muchos de sus escritos; por ejemplo, aquí está el consejo que da sobre un religioso en dificultades: “Este asunto se perderá si no se maneja adecuadamente. Es muy difícil dirigir; se necesita una mezcla de severidad y dulzura, de religión y amistad; no es fácil de conseguir...” Tomado como guía por muchos fieles, era un buen psicólogo, conoce a las personas y sabe lo que necesitan, como nos lo describe su sobrino nieto Firmin Délala: “Sus ojos rasgados en forma de almendra eran agudos, finos y penetrantes. Su mirada escrutadora penetraba en los pensamientos de tu corazón: juzgaba al hombre y su grado de probidad. Si hubiera aprendido esgrima, habría superado a san Jorge”. ¡Volvamos, pues, con nueva inteligencia a nuestro padre fundador; confiemos en él y avancemos en la fe con sentimientos de dulzura, humildad y firmeza en el camino de la santidad!